

## **ESTUDIOS**



*Cardenal José Humberto Quintero*

## EL CARDENAL QUINTERO: LUZ, CRISIS Y RESURRECCION

José del Rey Fajardo, S.J. (\*)

0. Regresa hoy la memoria del Eminentísimo Señor José Humberto Cardenal Quintero a esta su casa tras un largo periplo, zurcido de sagrados silencios y de luminosas meditaciones.

Hace presencia en este Palacio de las Academias con el derecho que le otorga ser parte de su biografía ya que en él su palabra sabia convocó a abrir espacios de futuro y su vida nos enseñó a acariciar pretéritos sin lastimar a nadie.

La convocatoria del primer cardenal venezolano de la Iglesia católica a este recinto sagrado de las Academias, en momentos en que la oscuridad tiene cercados los horizontes intelectual, social y moral venezolanos, pretende establecer un diálogo con lo más profundo de nuestras conciencias porque deseamos salir de esta sociedad embotada, insensible, miedosa, atrincherada en la búsqueda obsesiva de seguridad e identidad porque la vida social, sin timón, nos aproxima a la barbarie.

1. El espíritu del tiempo moderno es el “espíritu de la eterna revisión” como dijo Burckhard, que no es otro que la *variabilidad radical* de todo. Es bueno y legítimo que todo cambie sin cesar. Apertura, flexibilidad, movilidad e innovación son las virtudes que mejor corresponden a la actual modernidad.

Asistimos, pues, a una completa hegemonía de la cultura de la trivialización y de la intrascendencia, cultura que condena a sus márgenes toda actividad del espíritu. Lo trivial secuestra lo trascendente de forma tal que su alucinación se declara impotente para mantener la incondicionada apertura para recibir un infinito.

---

(\*) Individuo de Número. Sillón Letra “S”.

Esa angustia en la búsqueda de nuestra libertad y de nuestra identidad la vivimos con la misma intensidad teológica con que Hölderling redactó su himno a Patmos:

Los nombres, desde Cristo,  
son como el viento de la mañana:  
se hacen sueños,  
caen como el error sobre el corazón y matan,  
si uno considera y comprende lo que son.

Cuando la dialéctica de los tiempos es genuina establece que los conflictos hagan que las ideas agotadas se alejen sin cesar; otra especie de estrellas las suplantán y las interpretan y en el ínterin no hay nombre para referirse a la nueva innovación. En este sentido el concepto nuevo es un artefacto del silencio pero atravesado por el deseo que lo sustituirá con la palabra reveladora o enseñante.

En verdad errores, orgullos, deslealtades y también sacrificios han bordeado con frecuencia los caminos de la biografía humana y en su peregrinar han marginado en su cansancio las voces de la responsabilidad. Esta virtud necesita de un largo aliento, porque conlleva en su sangre el peligro de sacrificar el presente al futuro y anteponer la ética de las intenciones a la ética de la responsabilidad.

Esta situación nos lleva a recordar el pensamiento del Eclesiastés: Hay tiempos para la siembra y tiempos para la cosecha; tiempos para la prosperidad y tiempos para la adversidad; tiempos para la creatividad y tiempos para la esterilidad; tiempos para la reflexión y tiempos para la acción.

La razón y la sinrazón, los encuentros y desencuentros, la mutua comprensión o la incomprensión son rostros reales en los juegos de máscaras del espíritu de nuestra época. Por ello han vuelto a adquirir vigencia en la conducta social los "estados de ánimo" que llegan a moverse entre la lealtad y la deslealtad, entre lo sentimental y lo mágico, es decir, emociones y sentimientos oscilantes, todos de corto vuelo, que generan la desconfianza hacia todo lo institucional.

Por otra parte, la experiencia de la vida espiritual evidencia cada día que el espíritu que se estanca tiende a languidecer y cuando nos detenemos comienza el ocaso.

2. Al convocar la memoria del cardenal Quintero en este acto, conviene dirigirse a la historia para interrogarla y establecer un diálogo sobre las verda-

des permanentes del hombre, sobre sus avances éticos y morales así como también sobre sus fracasos.

Pero el hombre es siempre individual, único e irreductible y, sin embargo, es portador dentro de sí, de su país y su de generación, “como la gota en la nube viajera”, al decir de Ortega.

Con todo, debemos reconocer que las trayectorias intelectuales son insuficientes por sí solas para interpretar la persona y es necesario recurrir a la lectura de esa zona relativamente secundaria de la realidad que es el engranaje de las ideas, cuya justificación está más allá de ellas, pues radica en la vida misma.

En toda biografía existe ciertamente un proyecto vital, más o menos claro y articulado, que se va descubriendo a lo largo de la vida. Frente a él, se interpone la realidad a la que pertenecemos, el «nosotros» colectivo que es nuestro, y nos incorpora a ese reto que nos trasciende y nos interpela sobre nuestro compromiso con los deseos, las promesas y su realización.

Es el momento de tomar posesión de esa realidad que nos es dada con tareas como quehacer. Y el núcleo fundamental, del que depende todo lo demás y consiste en la traducción e inserción de nuestros ideales en la vida cotidiana, con la debida reflexión entre el despertar y el balance al volverse hacia el sueño.

Pero, la historia es también proyectiva: lo que descubrió en su peregrinar en diversas épocas, lo olvida en otras y esta falta de memoria histórica tiene el peligro de adulterar los grandes ideales con el correr de los tiempos.

3. Cada vez resulta más evidente el carácter imaginativo del hombre y por ello la interpretación proyectiva de la vida pone en el primer plano la imaginación. Mas, cuando viene la luz de la inspiración trasciende la vida individual para invadir las formas de los colectivos, a “esos grandes cuerpos que son las naciones”, en expresión de Descartes, las instituciones del pensamiento, los cuerpos culturales y el alma de las sociedades.

Sin ideales la vida psíquica carece de sustento simbólico para humanizarse y socializarse, pues, siempre subyace el peligro de echar la red de nuestras interpretaciones en esas profundidades impenetrables a toda mirada y no sacar más que fantasmas.

Sin lugar a dudas el mundo romano dotó a Quintero de nuevos horizontes para su imaginario. Allí se revalorizaron sus marcos de referencia espirituales

y sus fórmulas de interpretación pues comprobó que los espacios morales y de sentido que habita y atraviesa el hombre remiten siempre a la cultura.

La Universidad Gregoriana lo hizo hijo de la universalidad del mundo católico. En sus meditaciones teológicas sobre la iglesia entendió que ésta es un misterio que se vive en la fe, pero también tiene su fachada exterior.

Iglesia y mundo... Rara vez en la historia han logrado un equilibrio. La conflictividad proviene del dualismo que enfrenta lo temporal y lo espiritual. Rousseau se quejaba al afirmar que "no sería todo mucho más sencillo sin esta iglesia tan molesta?. No estaría todo más ordenado y no sería todo más racional?".

La lucha por conquistar la libertad interior es una guerra abierta contra el mundo.

La razón de la existencia de la iglesia es la de ponernos en comunicación con Cristo y por ello la Iglesia se convierte en la sociedad del Espíritu.

Cuando sólo se ven en la Iglesia sus méritos humanos y no un misterio de fe, no se la comprende en toda su realidad.

El contacto con la élite intelectual de la cristiandad le revivieron al futuro cardenal sus experiencias merideñas sobre la cultura, la cual proviene del alma y del genio de los pueblos y, si es auténtica, se convierte en depósito de sentido y de valores. En consecuencia, el hombre de iglesia debe amar su pasado, meditar su historia, venerar y explorar su tradición para poder interpretar y dar respuestas a los retos del presente y del futuro.

En la ciudad eterna aprendió el hijo más ilustre de Mucuchíes que el teólogo debe ensangrentar sus pies en la búsqueda de la inspiración que florece más allá de la palabra para de esta forma adquirir un nuevo lenguaje, una gramática que le ayude a construir el genuino discurso iluminado.

No se puede negar que existe una inadecuación fundamental entre los problemas actuales del hombre moderno y la cosmovisión humanística del teólogo que pretende responder a ellos. En la actualidad, su indeciso peregrinar por las ciencias humanas lo hace partícipe de los desastres del reduccionismo cultural hodierno, ayuno de sabiduría y espíritu, que en vano trata de ofrecer una imagen de seguridad a una humanidad insegura y débil.

El Pontificio Colegio Pío-Latino Americano fue el hogar para el encuentro del clero hispano-americano, un símbolo del reforzamiento de la identidad americana dentro de la globalización ideológica que proporcionaba la Universidad Gregoriana.

Allí aprendería que el *magis* ignaciano no es sólo un lema, sino además una pasión explicable solamente en el marco de referencia del caballero medieval: la eterna creatividad enmarcada en dos coordenadas, al parecer, antagónicas, la obediencia y la disciplina. La obediencia concebida como la prontitud para enfrentar un nuevo servicio, un siempre estar preparado para lo inesperado, un sencillamente vivir cada día el ímpetu del espíritu. La disciplina por su parte significaba la pulcritud de intención, una entrega voluntaria y libre a la lealtad y fidelidad con que se debían asumir los grandes ideales.

Pero también en esa privilegiada comunidad romana asumiría la vigencia de uno de los retos más acuciantes para la conciencia individual y colectiva como es el de la fidelidad a la identidad religiosa frente a formas de desafección eclesial y de pertenencia parcial. La praxis de la fe de todo eclesiástico exige el compromiso de “sentir con la iglesia” —o como escribiría Ignacio de Loyola: “sentir con la santa iglesia hierarchica”— sobre todo cuando el tiempo, el cansancio y la tentación generan esas fidelidades erosionadas o incluso despojadas de su fuerza vital más allá del desgaste de las convicciones.

La sistemática aspiración ilimitada en la búsqueda de Dios queda limitada por el ideal de servicio en la Iglesia visible. Como establece Hugo Rahner el amor desmedido tiene que mostrarse en la medida en que se acepta la carne y la sangre del cuerpo místico de Cristo. Toda gracia se ha de medir con la letra de la Iglesia, todo amor con el saber obedecer, todo espíritu con el cuerpo del Señor. Era el ideal ignaciano que tan sabiamente lo sintetizó un poeta alemán: “Sería divino no estar limitados por lo más grande y, sin embargo, permanecer encerrados en lo más pequeño”.

4. Con el advenimiento de la democracia en 1958 se instauró la “década de los grandes sueños”. Venezuela, así como otras naciones del continente, se dejó deslumbrar por la ilusión de que nos íbamos acercando a los logros de los países industrializados ya que se palpaba en aquel entonces que se iban acortando las distancias entre las necesidades sociales y la producción de respuestas y soluciones.

Hoy no podemos afirmar que el esfuerzo de nuestros países produzca ni el número de soluciones requeridas, ni que las transferencias y los términos reales del intercambio foráneo hayan aliviado la pesada carga que gravita sobre la generación de nuevas ciencias, la capacitación de profesionales íntegros y cabales y en consecuencia la sociedad sigue depauperizándose en sus mundos simbólicos, espirituales, imaginarios...

Pero la “década de los grandes sueños” dio, casi en silencio, un paso trascendental en la historia de nuestra democracia.

Si el Pacto de Punto Fijo garantizó la convivencia política y social de la comunidad nacional, el Convenio suscrito entre la Santa Sede y la República de Venezuela, en 1964, aportó la libertad y la autonomía a la Iglesia. De esta suerte y de forma casi súbita se cerraba un ciclo histórico de 140 años de humillante y obligada convivencia de la Iglesia venezolana con el Estado republicano tras la aprobación en el Congreso de Cúcuta, en 1824, de la Ley de Patronato Eclesiástico.

El discreto e iluminado prelado de Mucuchíes fue el argonauta capaz de llevar a buen puerto el barco de la Iglesia venezolana. Atrás quedaban tormentas y naufragios, graves conflictos e intolerables situaciones, sacrificios heroicos y deslealtades dolorosas, pero se había llegado a la tierra prometida en la que poder vivir con dignidad en libertad. La democracia había devuelto a la Iglesia la responsabilidad absoluta sobre su misión espiritual y sobre su protagonismo moral y la había convertido en corresponsable del nuevo estado para el la convivencia nacional en la búsqueda de la paz y la justicia social.

No puede haber identidad si no hay memoria histórica y los ideales conviene resucitarlos cíclicamente para que su conocimiento sea la luz que trace las rutas de los nuevos retos y de los nuevos empeños para de esta forma no encallar en playas ya conocidas por sus señales de derelección y ruina.

Resulta preocupante que todavía no se haya escrito esta crónica del verdadero viacrucis que antevió con lucidez meridiana el arzobispo caraqueño Ramón Ignacio Méndez cuando profetizaba el peligro que suponía eliminar el contrapeso de la Iglesia frente al despotismo que querían imponer los recién creados Estados americanos en los albores de la vida republicana. Y así escribía: “Cuando sostengo la libertad de la Iglesia coopero más a la de los pueblos que cuando por ella arrostraba los peligros”.

En este sentido podríamos apropiar para Venezuela la tesis que Dominique Wolton establece para el mundo occidental: “No se puede hacer Europa sin el derecho, la democracia pluralista, los derechos del hombre o la libertad, como tampoco puede hacerse sin los valores espirituales e históricos que son constitutivos de su identidad”.

El hecho religioso cristiano pertenece al núcleo mismo de la simbólica a partir de la cual se han interiorizado los ideales culturales de Occidente. Lo religioso ha establecido una enorme riqueza de reflexión sobre la vida y sobre la mayor parte de los símbolos y valores que constituyen el fundamento de nuestra sociedad. En última instancia el hecho religioso se presenta como una realidad que es propia de todas las culturas y de todas las sociedades. Más aún, sentenciará Tony Anatrella, “la dimensión religiosa es la dimensión fundante de la simbólica, de la que depende la sociedad”.



5. Cuando el cardenal Quintero luchaba por el *Modus vivendi* era consciente de la tragedia espiritual europea, pues, la muerte del ideal había generado unas mentalidades alérgicas a todo cuanto tenía que ver con la formación del sentido religioso, del sentido moral y del gusto por la búsqueda de la verdad.

Habermas piensa que la modernidad ha fracasado porque ha permitido que la totalidad de la vida se fragmente en especialidades independientes y las ha abandonado a la estrecha competencia de los expertos. En contraposición, el individuo concreto vive el sentido desublimizado y la forma desestructurada no como una liberación, sino como un inmenso tedio al modo de los personajes que pululan en la obra de Beaudelaire.

Por ello, no saldremos de la desesperación actual si seguimos divorciando ciencia y conciencia, mundo y valores, realidad y significado, fantasmas y vacío de sentido interior.

Garaudy señalaba que inventar un porvenir, es inventar una mejor manera de ser para sobrevivir en un mundo que se transforma ante nuestro ojos. Inventar el porvenir supondrá abandonar fidelidades anteriores, asumir desplazamientos de la verdad en nuestra territorialidad intelectual e interiorizar la versión de la modernidad, la cual nos ayudará a pensar con genuina libertad ya que las deficiencias de nuestro espíritu crítico no constituyen una falla intelectual sino moral pues la medida de una inteligencia viene dada por su capacidad para soportar la verdad y afirmarla en su contexto integral.

Y por ello, sus mejores pensadores han tratado de diseñar la sociedad como un espacio humanizado y abierto a los retos del alma y del cuerpo.

Agustín de Hipona apelaba a que “dos amores hicieron dos ciudades: el amor de sí hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrestre; el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la ciudad celeste”.

Adolf Muschg sintetiza la civitas del Renacimiento en una trilogía: la Iglesia como el lugar de la verdad religiosa; el Ayuntamiento como arena para la res publica; y la Plaza del Mercado como espacio para el intercambio de los bienes económicos. Pero, esta concepción del espacio y del hombre debía sustentarse sobre las exigencias de equilibrio impuestos por la filosofía de lo social: cuando el balance entre Religión, Política y Economía se desequilibraba, se iniciaba el camino hacia la servidumbre, la cual podía adoptar muy diversas máscaras.

La ciudad del hombre postmoderno se ha distanciado tanto de la polis universal de los estoicos como de la ciudad celeste de los cristianos y de la civitas renacentista. Para P. Manent el hombre moderno es un “tercer hombre”, ni

pagano ni cristiano: es el hombre de la ciudad del hombre que se ha convertido en un extraño tanto respecto a la naturaleza como a la gracia. De este modo la ciudad del hombre produce y revela un hombre libre de determinación exterior, y a la vez, angustiado por su libertad.

5. Tras la firma del *Modus vivendi* el cardenal Quintero pasó a diseñar un proceso para recuperar el dinamismo y la fuerza vital de la iglesia la cual debe medirse, fundamentalmente, por su riqueza interior y por su capacidad de diálogo interno y externo.

Pero, de forma inesperada la iglesia venezolana debía enfrentar, de forma paralela, a dos retos ciclópeos: reconstruir las responsabilidades de su misión en una sociedad democrática y adaptar las estructuras eclesiales a las exigencias del Concilio Vaticano II.

La rica formación clásica le había familiarizado con los valores fundantes del ser humano y con el laberinto del corazón del hombre en el que, como afirma Kazantzakis, siempre duermen un ángel y un demonio. La mente de Quintero pasa entonces a implantar lo que algunos han denominado el “discurso socrático”, es decir, el discurso del respeto al otro.

Y tres valores fundamentan este paradigma del hecho cultural.

El primero es *la experiencia del límite*. No puede darse diálogo cultural desde la actitud de no reconocer nada valioso extramuros de sus fronteras ni de dejarse interpelar por nada verdadero que venga de fuera. Todo diálogo genuino se fundamenta sobre la convicción de que se debe recibir algo aun cuando sea necesario suspender certezas y atravesar estados colectivos de desorientación.

El segundo es *la experiencia de la reciprocidad*. A través de marchas y contramarchas, de dar y de recibir, de contraponerse y de coincidir se logra construir una prospectiva compartida. En la dialéctica socrática es aquella forma de preguntar en la cual, quien pregunta es, a la vez, preguntado.

El tercero es *la experiencia de la transformación*. El puerto de llegada en el duro viaje del diálogo es una provincia distinta en la que la transformación es el único pasaporte válido para ingresar a ella.

La etapa postconciliar necesitaba de la traducción de la dialéctica socrática a la gramática del evangelio. Quintero intuyó esta batalla pues veía que gran-

des sectores de la iglesia habían perdido algo de la triple experiencia cultural y parecían conformarse con reducirse a un subsistema cultural, sin capacidad para experimentar el límite respetuoso, ni la reciprocidad humilde, ni la transformación equilibrada.

Fiel lector de la revista **Etudes** entiende el sentido de la nueva revolución copernicana como es la conciencia ciudadana que reclamaba incesantemente nuevas formas de convivencia, de protagonismo social, de participación en el poder, de justificaciones ideológicas, de convicciones globales, de legitimaciones morales y de significados emotivos.

En verdad, tres siglos de ausencia de Dios habían marcado el curso de la historia contemporánea. Se había recuperado la duda, aquella duda que está en el origen de la filosofía moderna. Se había revivido a un Descartes mucho más duro y difícil porque entre el yo pienso y el yo existo se había interpuesto una pesada obscuridad.

Nietzsche nos quería navegantes, lejos de las seguras tierras de antaño, de los puertos protectores de las antiguas creencias, recuperado por fin el mar abierto, más abierto que nunca, ese mar infinito que ha perdido todo horizonte. Y ello explica el naufragio en las playas de la vida de sociedades insolventes a la hora de promover un sentido. En definitiva, nos sobran placeres y nos falta alegría.

Esta sociedad a-religiosa adolece de falta de sentido del otro y dentro de ese carnaval intelectual y social surgieron unos líderes políticos, sociales, artísticos, y a veces religiosos, que en su euforia dionisiaca instauraron como nuevos valores el desprecio, la falta de respeto y la violencia. Anatrella resume esta etapa como el surgimiento de políticos libertinos que han vuelto a enseñar a los ciudadanos, la mentira envenenada, el escaqueo, la frivolidad, la amnesia, la ambigüedad, la estafa y otros comportamientos poco confesables que acabaron deprimiendo moralmente a la sociedad.

Aunque ignoro si Quintero conoció la obra de Roger Scruton, sin embargo pienso que se identifica con su teoría de la denominada "clerecía": es decir, esa clase de personas que se identifican a sí mismas, con relación al prójimo, como guías, consejeros o instructores.

El papel del sacerdote es mediar. El debe transcribir e interpretar el mensaje de una autoridad superior. Ese papel está dotado de dignidad y ennoblece a quienes lo desempeñan puesto que le confieren al escriba algo del fulgor de la autoridad. Siempre existirá un espacio intermedio entre aquellos que poseen el cuerpo de conocimientos y las revelaciones de la fe y los que carecen de ellas.

La función mediadora de la institución le otorga al escriba autoridad y su fidelidad al mensaje le avala la legitimidad de los poderes en que se sustenta su cargo.

Si se elimina la fe en una autoridad superior –en Dios, la tradición, las enseñanzas de la iglesia- el papel del mediador se derrumba. El escriba queda ante sus propios ojos como un naufrago, como el intérprete de una autoridad en la cual ya no cree. En ese momento deja de ser superior a su instruido a pesar de que se empeñe en mantener su privilegio y su posición como signos de una verdadera desigualdad.

Quien desee juzgar al Quintero de la década de los setenta tendrá que analizar estos pasadizos secretos de la verdad histórica que son desconocidos por ciertos estratos de la clerecía de aquel entonces y por los historiadores ideologizados de crónica fácil y de periódico.

Aquí pensamos como Julián Marías quien estatuye que cuando alguien, dice la verdad, o la echa de menos y la busca, se siente que no está todo perdido, que la ofensiva contra la verdad, a pesar de sus imponentes recursos, no prosperará. ¿Por qué? Porque la mentira es incoherente, se contradice, se destruye a sí misma; porque, en suma, es irrespirable y se ahoga en sí misma. El aire respirable de la verdad mantendrá en vida a los espíritus veraces.

6. Sería traicionar la figura de Quintero si nos limitáramos a su acción como “Kirchenpolitiker” y no percibiéramos a través de sus ojos de artista, de su pluma profundamente humanista, y sobre todo de su alma sacerdotal el reto que supuso para el levita merideño esa torturante meditación sobre la finitud e infinitud que es el hombre.

Quintero nos advierte que la relación entre espiritualidad y orden social debe ser el tema siempre candente en nuestra aventura humana. La incorporación de la conciencia de lo eterno en cada ser humano alerta sobre el peligro de que surjan generaciones para quienes no hay cosas, no hay personas, no hay fronteras, no hay saberes, no hay creencias, no hay razones para vivir o morir.

El hombre de hoy, empapado de exterioridad, ha creado psicologías que giran en el vacío. De ahí el complejo de filiación de los jóvenes que buscan ídolos con los que cubrir las ausencias.

La melancolía ha sentado plaza en nuestras sociedades y las ha contaminado con sus estados depresivos. Pero el malestar es más profundo y las grandes

esperanzas que hacen vivir a los pueblos no se establecen por decreto. Buen número de opciones políticas han contribuido a desesperar a las sociedades y el artificio de los grandes proyectos no puede por sí solo ser la terapia que permita recobrar un ideal abandonado a lo largo del camino.

El agotamiento de su vida interior hace que este mundo se identifique cada día más con una fatiga radical que desata personalidades inconsistentes e impulsivas, las cuales en sus momentos de lucidez llaman a sus ideales perdidos y recuperados a fin de reflexionar sobre la misión verdadera y adecuada de sus biografías.

En consecuencia debemos rediseñar los planos de nuestra ciudad interior pues, dentro de cada uno de nosotros existe siempre un lugar misterioso, una extensión ilimitada, que nadie puede abarcar.

Cuando no hemos transitado por ese interior nos parece inaccesible e inexistente. No hay diálogo interior, porque falta material con que construir ese diálogo. No sabemos encontrar la clave para leer nuestras vidas. No estamos ni en el tiempo ni en la historia porque ninguna creencia universal, ninguna tradición nos puede inscribir en ellas.

7. En la vida interior soledad y silencio se necesitan mutuamente. No es fácil explorar esas sendas que se adentran en el alma. Inician su recorrido en el corazón porque es allí donde se produce la conversión. Pero el éxodo hacia Dios y hacia los demás se realiza en las propias profundidades, allí donde Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos como diría Agustín de Hipona.

Los itinerarios de la conversión pasan por una etapa espiritual en la que el buscador recupera el sentido del misterio. Se trata de la lírica del peregrino, del caminante.

Ya en la antigüedad cristiana los Padres del Desierto descubrieron el estrecho camino que conduce a la sabiduría y al espíritu y previnieron al peregrino de los asaltos en la ruta: "Por arriba, están la autosuficiencia y el orgullo; por abajo, la desesperación y la ignorancia; por la derecha, la intolerancia y el desprecio de las cosas; por la izquierda, la pereza y el deseo incontrolado; en el interior, la inercia; y en el exterior, la temeridad y la actividad excesiva".

En el lenguaje simbólico de los maestros de la vida espiritual el camino evoca un origen y un destino y entre ambos una aventura, sometida a asaltos y extravíos, a encuentros y posadas.

El exceso de ruido no proviene de la actividad sino del activismo que no nos permite distanciarnos de nosotros mismos y genera el entusiasmo excesivo, anuncio del cansancio prematuro por la incapacidad de mantenerse constante a lo largo de todo el recorrido. El camino espiritual necesita beber el agua de fuentes más sólidas que las de la euforia.

Otro posible asalto es el de la inercia que no es otra cosa que ir a la deriva y pactar con la dejadez. En definitiva supone haber perdido el rumbo. Con la inercia nace la mirada opaca sobre la vida y las personas como si nada nuevo pudieran traernos. Y de ella nace la pereza, es decir, el descaro de la negligencia y el impudor de la apatía.

Tampoco podemos tolerar que el péndulo de nuestros actos se mueva entre la dejadez y la rigidez. Las sendas que penetran en las profundidades del corazón no generan intolerancia ni desprecio, sino ternura y entrañas de misericordia. El amor imita a Dios quien se ausenta de la creación para que nosotros podamos ser. De ahí que su rostro sea como llamada vehemente a la hospitalidad.

Pero el más oscuro de los abismos lo suscriben la autosuficiencia y el orgullo. Por ello escribe uno de los Padres del Desierto: "El solo orgullo, por su autosuficiencia, puede hacer extraviar a todo el mundo, empezando por el que lo incuba, en la medida que no admite que pueda caer en las tentaciones que permiten al alma recomenzar de nuevo y conocer su propia debilidad e ignorancia... Al no dejar transparentar ninguna falta, alimenta esta única pasión en lugar de todas las demás".

8. La mística es el arte de trasladar la belleza de lugar y la ascética es un ejercicio espiritual capaz de moldear nuestra mismidad para embellecerla y divinizarla.

La espiritualidad moderna está transida de intereses creados: si el secularismo ha desacralizado al mundo, el materialismo se ha convertido en una contra-espiritualidad. Esa es la justificación moral de la mayoría de los sistemas actuales: lo que a cada uno le conviene ese es el bien de todos y la norma suprema.

Lo espiritual y lo material deben complementarse: lo espiritual se encarna y lo material es santificado, de lo contrario el misterio y lo santo se evaporan.

La espiritualidad es la comunión con la humanidad y con la trascendencia y ello supone la recuperación del alma frente al mundo moderno desalmado. Es una vida fundada más allá de los valores del tener, el placer y el poder.

9. Para concluir, podríamos decir con Serafín de Sarov, “encuentra la paz, y miles de hombres se salvarán en torno a ti”. Hoy se dan pocos hombres que vivan bajo las categorías del espíritu y nuestro tiempo fomenta un pensamiento débil y padece una voluntad herida por la misma enfermedad. Por eso, no sólo es difícil iluminar el mundo sino también lo nocturno de nuestro yo que amenaza con apoderarse de nosotros y anegarnos.

La presencia hoy del ilustre académico José Humberto Cardenal Quintero en este sagrado claustro de las Academias nos convoca para renovar nuestra memoria histórica, para revisar nuestro mundo de valores, para interpelar nuestra conciencia como representantes comprometidos del mundo cultural y del pensamiento de una Venezuela que se presenta al siglo XXI con el síndrome de Sísifo.

La Academia no puede permanecer indiferente ante las voces de una Venezuela que desea ser y construir el edificio de las libertades a fin de que puedan dar digna posada al cuerpo y alma de una sociedad que debe integrarse con hombres nuevos o renovados, conscientes de su destino trascendente.

La praxis de las virtudes ciudadanas y espirituales y la honesta responsabilidad que nos impone la genuina sociedad del conocimiento se convertirán en la semilla y el ejemplo que demanda la Venezuela en crisis.